

CUADERNOS

POLITICA EXTERIOR ARGENTINA

POLÍTICA EXTERIOR DE CHINA
I PARTE - LA EVOLUCIÓN DE LA
REVOLUCIÓN (1790-1949)

Gustavo MARINI

Serie: Docencia N° 5
Rosario, noviembre 1991

CERIR



ARGENTINA

“CUADERNOS DE POLITICA EXTERIOR ARGENTINA”

ISSN 0326-7806 (edición impresa)

ISSN 1852-7213 (edición en línea)

DIRECTOR: Dr. Alfredo Bruno BOLOGNA

CONSEJO DE REDACCION: Lic. Anabella Busso

Lic. Miryam Colacrai

Lic. Gladys Lechini de Alvarez

Lic. Gustavo Marini

CONSEJO ASESOR: Prof. Celestino del Arenal (España)

Prof. Juan Gabriel Toklatlian (Colombia)

Prof. Jack Child (Estados Unidos de América)

Prof. Eduardo Ferrero Costa (Perú)

Prof. Héctor Gros Espiell (Uruguay)

Prof. Helio Jaguaribe (Brasil)

Prof. Carlos Juan Moneta (Argentina)

Prof. Luciano Tomassini (Chile)

Dirección Nacional de Derecho de Autor: Exp. N° 8982/01

Publicación propiedad de PROMOPEA.

Esta publicación cuenta con el sistema de referato de acuerdo a normas internacionales.

Indexada: Latindex Catálogo. Nivel I de excelencia

Canje: biblioteca-cerir@unr.edu.ar

Página web: www.cerir.com.ar

Colaboración en traducciones: Laura Marsol

Edición: Lidia Gatti

Los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión de los Cuadernos.

El texto completo de los Cuadernos de Política Exterior Argentina, a partir del número 76, puede ser consultado en http://www.cerir.com.ar/serie_docentes.php

ADDRESS OF CHANGE - CORRESPONDENCIA Y CANJE:

**CENTRO DE ESTUDIOS EN RELACIONES INTERNACIONALES DE ROSARIO
C.E.R.I.R.**

San Juan 4290

2000 ROSARIO

REPUBLICA ARGENTINA

TEL/FAX.: 54-341-4201231

CENTRO DE ESTUDIOS EN RELACIONES INTERNACIONALES DE ROSARIO

C.E.R.I.R.

Los “Cuadernos de Política Exterior Argentina” son elaborados por un grupo de trabajo integrado por investigadores y becarios del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docentes que se desempeñan en la Escuela de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, en la Maestría en Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y en la Maestría de Relaciones Internacionales del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

Los miembros de este grupo de trabajo están afectados a los Programas de Investigación y Desarrollo (PID) presentados a CONICET: Proyecto para un Modelo de Política Exterior Argentina – PROMOPEA-; Proyecto para la Inserción de Argentina en América Latina –PROINAAL-; Política Exterior de los países miembros del MERCOSUR –PEMERCOSUR- y en el Proyecto de Seguimiento de la Política Exterior Argentina dentro del Programa de Fomento a la Investigación Científica de la Universidad Nacional de Rosario.

El CERIR participa también en otros programas nacionales e internacionales.

Los “Cuadernos de Política Exterior Argentina” se encuentran abiertos a la participación de docentes e investigadores ajenos al CERIR que deseen presentar temas referidos a los proyectos de investigación mencionados.

Dr. Alfredo Bruno Bologna
Director del CERIR

LA POLÍTICA EXTERIOR DE CHINA
Primera Parte. La evolución de la revolución (1790-1949)

Gustavo Marini*

ÍNDICE

PRÓLOGO	2
LA EVOLUCIÓN DE LA REVOLUCIÓN	5
1. El Fin del Imperio	6
a. La crisis interna	6
b. La crisis externa	7
2. La revolución urbana	10
a. La experiencia republicana	10
b. El Cuatro de Mayo	11
c. El fracaso de 1927	14
3. La mutación agraria del comunismo	15
a. La migración rural	15
b. Resistencia nacional y revolución social	16
CITAS Y NOTAS	20

* Becario de Perfeccionamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente de Economía Internacional y Comercio Exterior en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario.

PRÓLOGO

En los últimos años han proliferado los estudios económico-políticos sobre la República Popular China. El impacto que producen los acontecimientos con los cuales se halla vinculada, nos muestra claramente la creciente importancia que este país-continente está adquiriendo en la escena internacional.

La reinserción de China no es un fenómeno aislado en las relaciones internacionales modernas. Si una nota característica pudiese ser detectada por cualquier observador en esta materia es la creciente tendencia hacia un nuevo orden internacional superador del establecido luego de la 2ª Guerra Mundial, entendido éste como el “conjunto de reglas de juego que regulan las relaciones de los actores del sistema”.¹

Los enfoques teóricos de relaciones internacionales de la década del '50 (plenitud del realismo político) y de las versiones occidentales del marxismo, apoyan la rigidez del sistema bipolar ya que ponen el acento en la continuidad –entendida como status quo- y a su vez sustentan políticas congruentes con esos intereses. A posteriori surgen los sistémicos cuyas aproximaciones analíticas al sistema internacional no generan nuevas políticas pero, como contrapartida, profundizan los conocimientos sobre la estructura y funcionamiento del sistema. La profundidad de la crisis de los '70 y los cambios en los '80 refuerzan la necesidad de avanzar hacia la construcción de nuevos sistemas explicativos en materia de relaciones internacionales en general y de política exterior en particular, que posibiliten el estudio del cambio pacífico ante la amenaza de destrucción total proveniente de una posible guerra nuclear. Tales ambiciones son las del interdependentismo, que logra, incorporando además la variable sistema, convertirse en una variante más elaborada del realismo.

Entre las consecuencias de esta crisis estructural del orden internacional, podemos observar cómo los intereses permanentes de las potencias son reformulados ideológica, política y económicamente en el proceso histórico de orden-crisis-nuevo orden. La necesidad intrínseca de la reformulación de los proyectos nacionales es, antes que nada, una cuestión de supervivencia y como tal insoslayable. La pertinencia de la cuestión nacional no sólo afecta a las superpotencias y potencias intermedias, sino también a sus respectivas áreas de influencia. Tal vez por esto toda crisis de reordenamiento esté acompañada por un resurgimiento generalizado del problema de las nacionalidades. Dicho resurgimiento adquiere una particular atención en el caso soviético y en Europa del Este, lo cual no quiere decir que no se encuentre presente en el resto del mundo.

Esta doble direccionalidad de las determinaciones, del sistema a las naciones y de las naciones al sistema, ha tornado insuficiente en esta época de crisis y cambio las representaciones científicas tradicionales, especialmente en materia de política exterior.

Tanto la visión internalista que plantea una visión de adentro hacia fuera, concibiendo la política exterior como una consecuencia impuesta por la lucha de intereses y la respectiva correlación de fuerzas internas priorizando los factores endógenos, como la visión externalista que reduce la política exterior a las exigencias y tensiones del entorno, aceptando lo prefijado por el sistema y legitimando el camino de afuera hacia dentro en la definición de las políticas, encuentran su límite en la capacidad de elaborar políticas que resuelvan eficientemente los problemas nacionales de frente a la crisis.²

Ambos determinismos, unidireccionales, plantean un horizonte restringido en su capacidad de imaginar posibles estrategias de adaptación de la sociedad política sobre la base de sus percepciones, intereses y problemas frente a la interacción entre lo endógeno y lo exógeno y, por lo tanto, impiden elaborar interpretaciones adecuadas sobre la política exterior.

En el problema específico que nos ocupa –la política exterior de la República Popular China- la insuficiencia de las distintas periodizaciones se debe principalmente a la falta de equilibrio entre ambas fuentes de conocimientos. En tal sentido existen estudios que adolecen de un criterio de análisis basado en la síntesis de las interacciones que supere la simplista y errónea fórmula de la mezcla y/o yuxtaposición de problemas, actores o relaciones internas y externas.

Definiremos entonces nuestro criterio de análisis de la política exterior china, para realizar posteriormente una periodización de la misma, a su propia lógica interna, “entendida como la opción sobre alternativas posibles, lo que no quiere decir resignación, sino evaluación y decisión, teniendo en cuenta el dominio de la mayor cantidad de variables que surgen de la interacción entre la sociedad política y el contexto internacional”.³

“Los contenidos de esta lógica interna surgen de la misma conceptualización de la política exterior. Esta es la estrategia de la sociedad política (parte de ésta, del poder que la hegemoniza o del estado) para percibir el mundo, proponer modos de inserción y medios de efectivizar intereses propios”.⁴ Esta estrategia es la expresión del proyecto político, en cada uno de los momentos históricos, del que la lógica interna de la política exterior constituye su emergente hacia el exterior.

Asignamos a esta lógica interna de la política exterior china una función mediatizadora de objetivos, intereses, problemas y percepciones entre este proyecto político y el contexto internacional.

Algunas de las ventajas que nos permiten este análisis son las siguientes:

- 1- Ampliar la base descriptiva de los estudios de política exterior.
- 2- Integrar al análisis el juego de las interacciones internas y externas.
- 3- Distinguir tanto en el plano conceptual como en el de las acciones los cambios del proyecto político y, consecuentemente, de la lógica interna de la política exterior.
- 4- Elaborar una periodización de la política exterior china sobre la base de su propia lógica interna integrando las mutuas determinaciones.

Frente a las posibles opciones de los distintos niveles de análisis –acciones, discurso, Ideológico- de la lógica de la política exterior china me propongo en este trabajo, utilizar preferentemente el nivel de las acciones y en segundo lugar el ideológico como modo y justificación de las mismas. Dicha opción parte de un supuesto previo: las sociedades políticas, más allá de la actualidad y relevancia de los actores internacionales, son entidades existentes que intentan realizar –a través de su política exterior- intereses, para lo cual generan en primer lugar acciones. Algunas de éstas, las más importantes, son consideradas permanentes y, como tales, no sufren alteraciones ante los cambios ideológicos.

La consideración del problema de la política exterior china nos obliga, por su amplitud, a una demarcación del tema en cuestión. Este estudio intenta enfocar en una primera parte cómo fue posible el éxito de la experiencia original de una revolución campesina desde la perspectiva marxista. Dicha aproximación histórica pretende servir de base para la comprensión del futuro desarrollo de la política exterior china. Las causas, condiciones de desarrollo y consecuencias de la conquista del poder de la revolución china, marcarán decisivamente hasta la actualidad la lógica interna de la política exterior china.

En segundo lugar, me propongo elaborar una periodización de la política exterior china sobre la base de esta lógica interna, atendiendo al hecho que en 1949 podemos observar la toma del poder de un proyecto político expresado por Mao Tsé Tung a partir de 1927, que va explicitándose e intentando incorporar respuestas a los sucesivos problemas que se le plantean y, por lo tanto, modificándose.

En el estudio de la lógica interna de la política exterior china podemos observar tres períodos correspondientes a tres formulaciones distintas de esta lógica pero todos partiendo del mismo proyecto político:

- a) desde 1949 a 1960: Alianza con la U.R.S.S.
- b) desde 1960 a 1971: Impugnación del sistema bipolar
- c) desde 1971 a la actualidad: Reinserción en el sistema internacional.

Tentativamente trabajaremos sobre fechas determinadas estableciendo que las mismas tienen sólo un carácter indicativo, ya que generalmente es imposible encontrar fracturas violentas en materia de política exterior. Sin embargo, se ha tratado de buscar años que resulten particularmente significativos con respecto al sentido de cada uno de los períodos.

La asignación de los nombres responde a una opción sobre lo que consideramos es el problema, tema central o eje estructurador de la política exterior china a lo largo del período y sobre el cual giran el resto de los temas. Dicho problema central se apoya en las percepciones del gobierno chino, sus intereses y, sobre todo, en la búsqueda de la satisfacción de las necesidades tanto internas como externas constituyendo la base de la racionalidad de la lógica interna de su política exterior.

LA EVOLUCIÓN DE LA REVOLUCIÓN

Cuando Barrington Moore en su libro “Orígenes sociales de la dictadura y la democracia”, estudia el problema de la transición del mundo tradicional al mundo moderno, encuentra que ésta se resuelve históricamente según la existencia y combinación en el proceso de cambio de tres clases sociales: los terratenientes, los campesinos y los burgueses urbanos.⁵ El autor ejemplifica tres respuestas históricas paradigmáticas:

a) Las sociedades democráticas-burguesas: en este caso existe un claro liderazgo de la burguesía que desplaza a los terratenientes de origen feudal. El proceso de cambio será de corto o largo plazo según las particularidades de cada caso (Francia – Inglaterra). El cambio revolucionario será siempre de abajo hacia arriba, es decir que encontramos una impugnación o una lucha permanente por la limitación de la autoridad tradicional (Rey o Emperador). La violencia del proceso está dada por el grado de participación y organización del campesinado y por las resistencias al cambio ejercidas por la autoridad tradicional.

b) Vía reaccionaria al capitalismo: la hegemonía es detentada por los terratenientes que se convierten e insertan al capitalismo, sin dejar de ser terratenientes. No hay cambio de clase en la hegemonía del poder, lo que existe es una reconversión. La burguesía no existe o es demasiado pequeña para ser la impulsora o beneficiaria final del cambio. Generalmente aparecen soluciones de compromiso entre ambas clases con la integración de la burguesía como segunda clase. Es un camino de arriba hacia abajo y la autoridad tradicional sale reforzada del proceso de cambio (Prusia – Japón). El campesinado, si existe, no participa.

c) Revoluciones campesinas: la clase que hegemoniza el cambio es el campesinado ante la impotencia o el fracaso de la burguesía en el intento de cambio. Adopta el camino de abajo hacia arriba (impugnación de la autoridad), y se constituye en un proceso lento y violento.

La experiencia más importante de revolución campesina triunfante y la primera en la historia, es el caso de China.

Tratándose de una revolución agraria sin precedentes, resuelta en una de las crisis más complejas del siglo, al tiempo que lanza al comunismo a más de quinientos millones de personas, es importante destacar algunas de sus características más significativas.

Crisis del antiguo régimen y transición al mundo moderno, se superponen en un proceso histórico que abarca un siglo y medio (desde el 1800 hasta 1949).

Una revolución tan lenta dio tiempo al antiguo régimen a evolucionar y, a su vez, evolucionó junto con él, enriqueciendo todo el proceso histórico jalonándolo de acontecimientos. Tal vez esta característica de la revolución china fue lo que originó, al permitir la acumulación extrema de tensiones y problemas, sus dos constantes emergentes más relevantes: el imperio de la necesidad y el recurso permanente a la violencia.

1. EL FIN DEL IMPERIO

La revolución que abate a la dinastía Manchú (1644-1912) resulta de la conjunción de factores tanto internos como externos.

Se instala en China un doble proceso de modernización y revolución. Resultante de la confrontación de la China móvil, producto intelectual, social y político del confucionismo y de la China de los puertos abiertos ligada a la occidentalización, este doble proceso socava al Imperio.

La crisis externa acelera la caída del Imperio aunque por sí solo no hubiese sido causa de su fin. En realidad genera que la propia sociedad urbana china, por efecto de comparación, tome conciencia de la profundidad de su propia crisis interna y de la falta de respuesta del modelo tradicional.

La Apertura produce humillación frente a la agresión pero también desencanto y frustración por las propias limitaciones.

El siglo XIX en China es un siglo de transición y a la vez de crisis. La interna socava la estructura social y la externa la base política, poniendo ambas en peligro la propia supervivencia del estado y de la nación.

a. La crisis interna

La China del siglo XVIII había gozado de una paz y prosperidad notables. El siglo más espectacular de la "edad de oro", asociada a la pax sínica, lo constituye la coincidencia histórica entre la duplicación de la población y el auge paralelo de los recursos. Cada elemento nutre al otro en una relación lineal (propia del "crecimiento de tipo tradicional") garantizada por la extensión de las tierras cultivables, la difusión de nuevos cultivos y la redistribución de la población.⁶ Pese a este desarrollo agrario, y a que éste se traslada al ámbito urbano, el crecimiento no desemboca en una renovación tecnológica o en una penetración industrial. El equilibrio alcanzado se convierte, a fines del siglo XVIII, en estancamiento. Los datos de saturación económica se multiplican en la primera mitad del siglo XIX (1800-1850). La población sigue creciendo en este período al ritmo de la "edad de oro", sobrepasando los cuatrocientos millones en 1850.

Esta catástrofe demográfica acaba con la prosperidad y rompe con la armonía entre población y medios de subsistencia de una manera trágica.⁷ La desestabilización del campo en un imperio eminentemente rural instala las penurias de las hambrunas periódicas en el medio social chino. La gran masacre de los desnutridos (1870) es remitida a la peste negra medieval o a la Guerra de los Treinta Años en Europa para encontrar, en el ámbito de continente, una catástrofe similar.⁸

El medio urbano, mientras tanto, logra un desarrollo relativo que le permite

desconectarse del resto del país (siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX). La franja urbana costera integra un hinterland que también logra sobrevivir, ya que representa una parte importante de sus mercados y de sus centros de abastecimiento, convirtiendo la desestabilización agraria en un problema demográfico, generando un corte dualista de la sociedad que permite comparar a China con los países subdesarrollados del siglo XX.⁹

Con la rebelión de los Taiping (1853) culmina medio siglo de rebeliones populares que generan el proceso de devolución del poder central –ante el fracaso del poder central de restablecer el orden- a las élites locales, adquiriendo primacía los notables locales encargados de la colecta de impuestos y de la leva militar.

Las rebeliones en medio siglo favorecen la constitución de feudos regionales en torno a los capitales encargados de la represión. El restablecimiento del orden se logra a costa del poder de la Corte. Aún cuando respetan la estructura burocrática propia del estado unitario que pretenden reforzar, los mandarines provinciales comienzan a actuar crecientemente en función de sus intereses regionales y personales.

El poder tiende a escaparse rápidamente de la dinastía al regionalizarse y militarizarse. El desequilibrio económico es acompañado por el debilitamiento del poder central y la desintegración estatal.¹⁰

b. La crisis externa

La crisis externa a la que China debe su apertura y humillación a mediados del siglo XIX es la más grave de su historia.

No se trata en esta ocasión de pueblo bárbaros civilizados a medias, destinados a una absorción cultural rápida como en el caso Manchú (1640) o el Mongol (1280). En este caso la amenaza proviene de otra civilización, la occidental, que se considera superior, con una expansión económica, técnica y militar mayor, diferencias que son percibidas por los propios chinos y generan una relativización de su propia cultura. En opinión de J. Levenson esto equivale a una sentencia de muerte para el sinocentrismo confuciano.¹¹

Inicialmente liberal libre-cambista (primera embestida de mediados de siglo), la apertura de los años 1840 y 1860 (primera y segunda guerra del opio: 1839-1842 y 1857-1860), rompe las barreras diplomáticas. El sistema tributario, tal como lo analiza J. K. Fairbank, es la negación de las relaciones diplomáticas, al igual que las practicadas en la Europa antigua. China fuera de sus fronteras no reconoce más que a bárbaros inferiores o aquellos otros que pagando tributos se convierten en vasallos: Anam, Birmania, Corea, etc.¹²

Este sistema de superioridad cósmica y vasallaje etnocéntrico ligado al tributo, mantenía los mercados periféricos dentro de la órbita china.

China tuvo que abandonar todo este sistema y fue obligada a tratar en pie de igualdad con los “diablos extranjeros”, creando una Oficina de Asuntos Extranjeros en 1861.

Desde 1689 cuando se firma el primer Tratado de Límites y Comercio, suscrito por China con una nación extranjera (Rusia), hasta la primera guerra del opio en 1839, las

potencias extranjeras no habían logrado que el Imperio del Centro dejara de despreciarlos y tratarlos como bárbaros.

El particular ceremonial “Ke-tou” de la corte manchú, reputada como divina, obligaba a los representantes extranjeros a ponerse de rodillas y tocar el suelo con la frente de tres a nueve veces. Lo que dos siglos de diplomacia y humillaciones soviéticas, inglesas y portuguesas no lograron, fue obtenido por la fuerza de las cañoneras en la decadencia del Imperio.¹³

Impuestos por la fuerza de Inglaterra y Francia y extendidos a todas las naciones, los tratados desiguales instauran un sistema de tratados que convierte a la Civilización Central en una nación entre las demás y en vasalla de todas¹⁴. Dicho sistema de tratados adquiere esta característica de desigualdad por haber sido obtenidos por la fuerza y bajo presión militar.

El sistema de tratados obtuvo a favor de las potencias la eliminación de las restricciones comerciales que completaban el aislamiento chino. Dichas restricciones mantenían una autosuficiencia de base regional integrada por el tributo y el tráfico de mercaderías con la periferia.

Conforme a la doctrina liberal que triunfa bajo Palmerston y Napoleón III, los tratados garantizan la libre circulación de bienes y reducen las tarifas aduaneras a un máximo del 5%.

La circulación de personas y su seguridad quedaron garantizadas por la extraterritorialidad, privilegio jurídico personal que, poco a poco, se extiende al nivel territorial a través de las concesiones establecidas en los puertos abiertos.

A lo largo de todo el medio siglo (1850-1900), dichos puertos acrecientan sin cesar su número y completan la dominación sobre la geografía china. Primero en la costa, del sur al norte (Cantón, Xiamen, Ningbo, Shanghai, Tianjin, etc.) y luego hacia el interior de los ríos (Jinjiang, Hangzhou), hasta llegar a las provincias más lejanas (Sichuan, Yunnan).

El sistema de tratados incluye también aquellos por los cuales las potencias extranjeras protegen sus misiones religiosas. Francia se encarga de las católicas por los Tratados de Whampoa (1853) e Inglaterra de las protestantes. A través de ellas se genera un “aggiornamiento” de sectores tanto urbanos como rurales a la cultura occidental, perfeccionando así la dominación.

Los reinos tributarios fueron incorporados a los imperios coloniales: Formosa a Japón en 1874, Anam a Francia en 1885, Birmania a Inglaterra en 1886; destruyendo los vínculos económicos de la periferia del Imperio del Centro.

Ciertos servicios esenciales como la administración de la aduana, la gabela y el correo quedaron bajo tutela extranjera.

A partir del siglo XIX, asistimos a una nueva modalidad de la penetración extranjera (la segunda embestida). A diferencia de la “apertura liberal”, esta segunda etapa apenas se detiene en los umbrales del reparto colonial del territorio.

Las rivalidades entre las potencias, preocupadas en defenderse unas de otras y en extender sus esferas económicas, sumadas a la postración de la dinastía china, logran

arrancar nuevos privilegios: territorios en arrendamiento (bases militares, depósitos de carbón, fondeaderos para las flotas), concesiones ferroviarias y mineras, dominios financieros e implantaciones industriales en las concesiones.

Esta modalidad de la “carrera de las concesiones” inaugura un estilo de agresión distinto. Sólo la resistencia de los Estados Unidos y la fuerte resistencia interna (rebelión de los Boxers en 1900) salvan a China del destino de Polonia o África, no sin una enorme indemnización, la legalización de las tropas extranjeras en la capital y la tutela del Cuerpo Diplomático sobre la gestión del gobierno, cláusulas establecidas en el Protocolo de los Boxers (1901) luego de la derrota de la rebelión.

Esta segunda etapa de la Apertura establece una situación de copropiedad vinculada a ambiciones geopolíticas, alcanzando un equilibrio hacia la primera década del siglo XX, alterado sólo por la irrefrenable expansión japonesa. Durante este período, 1900-1943, las rivalidades de las potencias se expresan a través de las disputas entre los señores de la guerra.¹⁵

Sumada a la crisis social y a la crisis del estado, la crisis de la nación adquiere a partir de la Apertura una dimensión cultural.

La occidentalización asociada a la Apertura produce un conjunto de efectos internos que exceden el marco de este trabajo, sin embargo, quisiéramos apuntar algunos de ellos.

Inicialmente establecidos en los puertos abiertos, primero en la periferia y luego en los centros de las grandes ciudades, el surgimiento y expansión de los barrios europeos modifican social y geográficamente el paisaje urbano tradicional.

A los negocios y depósitos se añaden con el tiempo consulados, iglesias, tribunales, cuarteles, hospitales, parques y edificios que convierten a estos barrios en pequeñas porciones de occidente enclavadas en territorio chino. En torno a estos núcleos europeos, comienza a surgir una multitud de intermediarios nativos, traductores, compradores y prestadores de un sinnúmero de servicios que constituyen la primera avanzada de la occidentalización.

Esta occidentalización genera un proceso de aculturación que impregna a distintos sectores sociales al margen de la reticencia oficial.

En un primer momento éstos intentan inspirarse en las supuestas fuerzas occidentales (tecnología, riqueza y poder) para reforzar el orden tradicional. Tal como lo expresara el “movimiento de actividades occidentales” según el principio enunciado por Zhang Zhidong: tomar el saber chino como sustancia, utilizar el saber occidental como atributo. Sin embargo, ante las limitaciones de dicha propuesta y el fracaso de las autoridades de sacudirse el yugo occidental, la segunda fase de la occidentalización adquiere nuevas características.

La incapacidad del gobierno imperial para asegurar la supervivencia de China determina que los reformistas de fines de siglo plantearan la necesidad de cambio sin mantener las esencias. Esta generación de 1900 concluye que la fuerza de occidente depende menos de su riqueza o poder que de sus instituciones. Cambiar no sólo los atributos de las cosas sino también los métodos y las cosas entendidas como formas de

pensar y de gobernar.

La expresión política de esta tendencia desemboca en la exigencia de cambio institucional, de participación y de modernización política.

El movimiento se radicaliza en la oposición antidinástica y refuerza el nacionalismo antioccidental. Se prepara así el camino hacia la experiencia de la República.

2. LA REVOLUCIÓN URBANA

Las ciudades de la franja costera constituyeron la zona más dinámica de la China de principios del siglo XX. Fruto de la occidentalización, el auge modernista acelera su desarrollo.

A esta zona le corresponde la iniciativa del cambio. El agotamiento del Imperio abre paso a la República. Gestado en el medio urbano, el movimiento revolucionario intenta unificar a China y fracasa, dando paso lentamente a la revolución agraria.

Su fracaso se debe principalmente a que los cambios no fueron ni modernos, ni revolucionarios.

Bajo la fachada occidentalista la experiencia republicana no logra extender su autoridad más allá de las ciudades. Bajo la presión soviética la experiencia revolucionaria del '27 aborta al equivocar el modelo revolucionario. Ambas, gestadas a partir de lo urbano, se producen entre los estrechos límites propios de su medio.

La incapacidad del medio urbano de contener teórica y prácticamente la realidad del conjunto de China se traduce en la ineficiencia de todos sus modelos.

La verdadera y triunfante revolución china sólo será posible con el despertar del medio rural a punto de partida del agotamiento de las experiencias revolucionarias urbanas.

a. La experiencia republicana

Según hemos podido analizar, el desmoronamiento y posterior caída del Imperio en 1911 fueron producidos por un conjunto de crisis retroalimentadas por la Apertura pero procedentes de tensiones y fuerzas internas acumuladas en el siglo previo.

En el período de 1911-1927 no se logra gestar una autoridad permanente y efectiva en todo el territorio. Al adoptar el camino de la insurrección armada los revolucionarios alimentan el caos, los permanentes estallidos de violencia popular y el afianzamiento de los señores de la guerra en las provincias y regiones.

Iniciada con la rebelión a favor de la protección del ferrocarril en Sichuan durante julio de 1911, el movimiento revolucionario se extiende a otras provincias. El levantamiento del "Doble Diez" en Wuchang (1º de octubre de 1911) y la revolución iniciada por la oficialidad joven, que culmina con la declaración de independencia y proclamación de la República en Hubei, son los principales acontecimientos que generan la ruptura del estado

imperial a nivel provincial.¹⁶

Las revueltas que se originan en fuerzas conservadoras, notables o burguesas, avanzan mediante estallidos regionales o provinciales que, de la periferia al centro, en dos meses (octubre y noviembre), arrebatan a Pekín el control de casi todas las provincias. Si bien la corte intenta resistir accediendo a las demandas constitucionalistas de Yuan Shikai que desde el Norte lanza una ofensiva contra los revolucionarios, agrupados en la Liga Jurada del Sur donde Sun-Yat Sen fuera elegido Presidente de la República el 1º de enero de 1912, su destitución es inevitable.

La primera revolución de Sun fracasa y el 2 de febrero pone fin a su Presidencia renunciando. El macroenfrentamiento toma un cariz premonitorio del camino revolucionario comunista del año 1927, el superpoder por sobre las disputas interprovinciales incesantes, la guerra entre los proyectos: el del Norte y el del Sur.¹⁷

La iniciativa de restablecer el orden a través de la dictadura de Yuan Shikai (1913-1916) culminó en un nuevo fracaso ante la imposibilidad de dominar la anarquía militar regional impuesta por las permanentes disputas de los señores de la guerra y por la oposición feroz de la clase política que, si bien apoyaba su dictadura, sostenía la iniciativa republicana ante su plan de restauración monárquica.

Las potencias dominantes, indiferentes ante el proceso revolucionario en gestación, aprovecharon para obtener nuevas concesiones. Antes de caer el gobierno de Yuan, debió además reconocer diplomáticamente la separación de Mongolia (codiciada por Rusia) y del Tíbet (apetecida por Inglaterra).

La muerte natural de Yuan en 1916 frustra el proyecto unitarista y profundiza la desintegración militarista.

Si bien desde 1913 existe un gobierno republicano en Pekín, éste sólo existe por el reconocimiento de los gobiernos extranjeros, y su poder sólo se extiende a la capacidad militar del pequeño ejército que lo sostiene. Mientras tanto, China se hunde en las guerras feudales, se establecen grandes compañías y se sufren extorsiones y humillaciones en el período más negro de su historia.

Las consecuencias de la anarquía militar en el microclima social interno son a la vez devastadoras. El militarismo sólo se sostiene saqueando a la sociedad civil. Desviada de la política, la guerra civil se convierte en un fin en sí mismo sin solución de continuidad.¹⁸

b. El Cuatro de Mayo

Dentro de todos los males producidos por la desintegración y el militarismo, paradójicamente, el corte dual de la sociedad china permite un desarrollo independiente del resto del país en las zonas dominadas por las potencias. Al igual que en el resto de las economías coloniales dependientes, el período de la Primera Guerra Mundial acelera una rápida expansión sobre la base de la sustitución de las importaciones de distintos sectores industriales. En la medida que se reducen las presiones económicas de las potencias, se genera un proceso expansivo del capitalismo nacional, experimentando el sector urbano

una aparente prosperidad en el caos.

Sin embargo, la llegada de la paz renueva las presiones y deja al desnudo el carácter artificial del crecimiento. Éste no fue sinónimo de desarrollo equilibrado ni de reducción de la dependencia. La crisis industrial de 1920 marca el fin de esta corta “edad de oro”.¹⁹

El decenio 1911-1921 que separa la caída del Imperio de la aparición del Partido Comunista, introduce además de este abortado crecimiento sin desarrollo, su contrapartida inmediata: la aparición de la cuestión obrera, las primeras formas de organización sindical y las oleadas de huelgas, antecedentes del Cuatro de Mayo y de la formación del Partido Comunista Chino (P.C. Chino).

Una de las pocas ventajas que obtuvo Japón con la firma del Tratado de Versalles fue mantener sus posiciones en Shandong a pesar de los insistentes reclamos chinos. La noticia al llegar a China suscita una reacción inmediata.

El 4 de mayo de 1921 comienzan las protestas en Pekín y, a pesar de la represión del movimiento, se extiende al resto del medio urbano chino.

La penetración del movimiento es profunda y se extiende a todos los sectores: universitarios, obreros, burgueses, intelectuales, etc. La multiplicación de revistas (400) y de sociedades patrióticas produce una repolitización de los movimientos sociales donde tempranamente se perfilan dos líneas principales: la marxista y la liberal.

La primera preconiza que la solución de los problemas sólo puede lograrse con una transformación estructural; la segunda, resistiendo la invasión político-ideológica del movimiento, defiende un pragmatismo que la lleva a considerar los problemas individualmente, caso por caso.

La división del movimiento plantea, tanto a nivel ideológico como práctico, la elección más importante de la década: revolución o reforma.

La introducción del marxismo en China precede en algo más de una década al Cuatro de Mayo, pero debe a éste su difusión en el medio urbano. La riqueza de los grupos marxistas en el seno del movimiento es extraordinaria. Éstos se organizan de ciudad en ciudad incluyendo Tokio y París. La rama parisina sin duda merece un análisis pormenorizado que no podemos realizar en este trabajo, pero es suficiente citar, a modo de ejemplo, la importancia de sus cuadros: Zhou Enlai, Deng Xiaoping y Li Lisan.²⁰

Junto a estos centros declaradamente comunistas, se crea en 1920 la Liga de la Juventud Comunista. El Komintern (Internacional de partidos comunistas que se crea en 1919) pronto se interesa por este auge explosivo en China y envía delegados para colaborar con su organización. El Partido Comunista Chino se funda en Shangai en 1921 con Chen-Duxiu como Secretario General.

Un poco antes, anticipándose al fervor del Cuatro de Mayo, Sun Yat-Sen funda en China, en 1920, el Partido Nacionalista Chino (Kuomintang).

Sólo el liberalismo no capta el sentido del movimiento creando un partido reformista. En adelante, la balanza se inclinará progresivamente a favor de la revolución en detrimento de la reforma.

Es entonces, a partir del Cuatro de Mayo, cuando podemos observar la presencia de todos los sectores principales de la revolución que culmina en 1949. La ruptura con el pasado que introduce el movimiento del 4 de mayo en China en la etapa final de superación de lo nuevo sobre lo tradicional es total. Aún está sólo latente, dormida, en su expresión política del campesinado, aunque su presencia como fuerza de impugnación del orden social se puede observar en las periódicas revueltas y rebeliones desde el 1900.

La colaboración del Partido Comunista Chino y el Kuomintang en el Primer Frente Unido (1922-1927) resulta de la confluencia de los intereses de sus tres principales gestores²¹ (Partido Comunista de la Unión Soviética –PCUS-, PCCh y Kuomintang).

Las discusiones en el Komintern sobre la colaboración de los P.C. en Asia (1922) concluyen en la línea de alianza con las burguesías nacionales, adecuándose a la interpretación leninista de las virtudes revolucionarias de los nacionalismos burgueses en el Tercer Mundo. A la vez que estabiliza la política soviética en China, la estrategia busca, ante la falta de confianza en la revolución, futuros gobiernos aliados reformistas.²²

Derrotado en Cantón, Sun Yat-Sen decide jugarse a fondo la carta soviética a través de la cual recibirá apoyo material en armas y en cuadros comunistas que se incorporan al Kuomintang. Convencido de inexorabilidad de la solución militar al problema de la unidad, dicha estrategia sólo es posible mediante la alianza con la Unión Soviética ante la indiferencia y rechazo de las potencias coloniales.

Moscú admite que sus objetivos no son instalar en China el socialismo (a la cual no considera madura), sino lograr su unidad e independencia, asegurándose geopolíticamente sus espaldas al expulsar a las potencias occidentales y a su viejo enemigo de la región: el Japón.

Pese a que los dos partidos no se fusionan, los comunistas se afilian individualmente al Kuomintang y logran acceder a cargos importantes en la dirección, a la vez que reservan para sí una parte importante del ejército y la conducción del movimiento social, tanto en lo urbano de base obrera como en lo rural de base campesina.

Tempranamente el P.C. Chino recibe, a través de la intervención soviética, un perfil ideológico. Éste plantea, según su origen y su ortodoxia doctrinaria, la revolución en términos urbano-proletaria en detrimento de la estrategia rural-campesina. El trabajo en el medio rural es considerado secundario y sólo algunos visionarios como Peng-Pai – antecedente inmediato de Mao- asignan al campesinado un papel determinante en la teoría y práctica revolucionaria.

El trabajo en las ciudades, en contrapartida, recibe la máxima atención, y es a partir de Shangai y Cantón donde el movimiento crece en cantidad y calidad.

Recuperada Cantón por Sun Yat-Sen en 1923, se convierte en el principal centro revolucionario. Es cerca de allí, en Whampoa, donde se crea la Academia Militar, dirigida por Chiang Kai-Shek. Representante fiel del pensamiento nacionalista del Kuomintang, asigna mayor importancia al factor militar por sobre los reclamos y soluciones sociales. Gran conductor, su influencia es preponderante en el ejército, imponiéndose a la penetración comunista.

La maduración desaparece de la alianza -el comunismo en el movimiento social, el Kuomintang en el ejército-, sólo se mantiene en un inestable equilibrio hasta la muerte de Sun Yat-Sen en 1925. A partir de allí, el encumbramiento de Chiang Kai-Shek y la progresiva maduración del estallido comunista preanuncian la ruptura violenta de la alianza en 1927.

c. El fracaso del '27

Iniciada por Chiang en 1926, la Expedición del Norte obtiene éxitos inmediatos. Paralelamente a la llegada de las tropas nacionalistas, el campesinado parece despertar como fuerza revolucionaria y se lanza a la revolución social. Si bien la revolución agraria complace a los escasos cuadros rurales del P.C. Chino, su espontaneidad y radicalismo asustan tanto al Kuomintang como a los dirigentes soviéticos y del P.C. Chino de raigambre urbana. Su falta de disciplina y violencia rompen el delicado equilibrio social del Frente.²³

El Komintern, tras condenar los excesos del movimiento campesino, impone al P.C. Chino el mantenimiento de la alianza con el Kuomintang. Enfrentados a fuerzas opuestas, la Internacional opta por apaciguar la extemporánea revolución y apuesta a Chiang en la esperanza de que un gobierno nacionalista anti-occidental, reformista y amigo, logre la reunificación y abra luego el camino de una segunda etapa del socialismo en China.

A la vez, obliga al P.C. Chino a un doble juego que no puede sostener. Sin medios para organizar la anárquica revolución de una base agraria, ni para sostenerla militarmente desde arriba, el P.C. Chino es obligado a sacrificar el movimiento, sin lograr que este sacrificio detenga la contrarrevolución nacionalista de 1927.

La reacción nacionalista de 1927 asesta un fuerte golpe al P.C. Chino. Además de perder casi las dos terceras partes de sus militantes, la victoria de Chiang no representa solamente la de las ciudades por sobre la anarquía campesina, sino la de la burguesía por sobre la reforma.

El P.C. Chino pierde sus militantes por millares en las ciudades, sus sindicatos y su inserción en el ejército nacionalista.

El legado reformista de Sun es sustituido por un patriotismo anticomunista vinculado en la práctica al *status quo*. Cegado por el esfuerzo de limpiar de comunistas el país, durante el período conocido como el Decenio de Nankin (1927-1937), donde se instala el gobierno del Kuomintang, Chiang cede a las presiones de los japoneses.

La restitución del orden sustituye a la revolución y el anticomunismo al anti-imperialismo. Así la dictadura de Chiang origina la quiebra del nacionalismo revolucionario y entrega al P.C. Chino sus principales sustentos para la revolución: la revolución social y la revolución nacional.²⁴

El P.C. Chino cosecha de esta experiencia manchada de sangre, rencores para con la dirigencia soviética. Se desnuda para los chinos el carácter instrumental-utilitario soviético de sus esfuerzos revolucionarios, la falta de confianza en las posibilidades de la revolución y, por sobre todo, el carácter suicida de la lealtad para con otros que no sean sus propios

intereses.

El fracaso de 1927 marca, además, los límites de la opción urbana-propietaria en la conducción del proceso revolucionario. El campesinado aparece como la fuerza principal de la revolución, y la constitución de un ejército propio, una necesidad vital. Esta transmutación, contraria a las viejas tradiciones del P.C. Chino, se vuelve necesaria y, sin ella, la revolución no hubiese sido posible.

3. LA MUTACIÓN AGRARIA DEL COMUNISMO

De no ser por las experiencias revolucionarias hasta 1927, aún de su fracaso, no hubiese sido posible la transferencia de la experiencia política revolucionaria de la ciudad al campo, del proletariado al campesinado.

Esta etapa dolorosa y sangrienta es la que asegura el cambio teórico y metodológico del marxismo. A la vez que se impone la estrategia rural, surge una nueva dirigencia en el P.C. Chino liderada por Mao Tsé-Tung.

En el período del '30 al '36 esta estrategia es asumida y experimentada por el P.C. Chino. La guerra con el Japón y el Segundo Frente Unido abren un paréntesis a la guerra civil a la vez que otorgan al movimiento comunista una dimensión nacional.

La síntesis de revolución social y revolución nacional produce un fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias bajo la estrategia de "alianza con lucha".

La participación masiva desarrollada durante la Guerra de Resistencia al Japón junto al acierto de las reformas organizativas propias son las condiciones que aseguran la rápida victoria durante el período de la Guerra de Liberación ('46-'49).

a. La migración rural

El perfeccionamiento de la estrategia rural no es fruto de un descubrimiento repentino, ni de la intuición de un solo hombre. Fruto de la decantación histórica, plagada de marchas y contramarchas, obra de un conjunto de hombres fogueados al calor de la resistencia ante el fracaso del '27, la estrategia se abre paso a partir de éste.

La historia china parece avanzar a saltos, y en cada uno de ellos superar no sólo etapas, sino también propuestas y hombres. Las tensiones acumuladas de 1911 a 1921 estallan el cuatro de mayo y parten en dos la estructura política en China, aún la del P.C. Chino.

La vieja estructura comunista no resiste al cambio y a la derrota, e intenta regresar a través de las insurrecciones armadas a la conquista del medio urbano en el centro y sur del país. Apoyados en los restos del Ejército Rojo y el campesinado, el nuevo fracaso a fines del '30 termina por arraigar definitivamente el medio rural a los cuadros dispersos que huyen de la represión de las ciudades.

Con los fracasos, la dirigencia del P.C. Chino se fractura. La estrategia golpista quiere una revolución corta y concentrada en las ciudades, con primacía del ejército. Con Li Lisan al frente de ella, fracasa definitivamente con la derrota de Shangai en 1930.

La estrategia de Mao elige avanzar en forma más lenta y dispersa. Contra la revolución inminente, Mao propone una revolución microscópica y paciente. Instalados desde 1928 cerca de Jiangxi y Hubei se estabilizan núcleos de ocupación territorial permanentes (bases rurales). La más importante de ellas es la llamada “soviet central” en torno a Ruijin. Allí, Mao recibe el refuerzo de Zhu De en abril, de Peng Dehuai en julio y de los restos del Ejército Rojo (Lin Biao y Chen Yi) en diciembre, y luego, a partir del 31, de Zhau Guotao.²⁵

Si bien las vicisitudes de la guerra de guerrillas hacen que las fronteras de las bases rurales se modifiquen constantemente, la experiencia de gobierno que adquieren tanto el ejército como los cuadros es invaluable.

Pese a presidir la República soviética (noviembre de 1931), Mao sólo ocupa un lugar subordinado en la estructura del partido. Las presiones militares de los nacionalistas (campañas de aniquilamiento del ejército de Kuomintang 4º, 5º, 6º del '32 al '35), generan un conflicto en cuanto a la forma de responder, por el cual Mao es desplazado. Se abre paso la estrategia de un comunismo territorializado, de zona liberada, no vagabundo. Esta territorialización tiende a la estatización y el ejército deviene de guerrillero a regular.

El naufragio del primer estado territorial comunista ante la imposibilidad de sostenerlo frente a los embates de las campañas de aniquilamiento, devuelve a Mao la dirección del ejército y, por primera vez, la dirección del partido favorecido por el apoyo de los generales, de Li Shaoquí –representante de las zonas blancas- y de Zhou Enlai. Comienza la Larga Marcha y con ella, la vuelta al ejército guerrillero y al comunismo itinerante.

Como en 1927, el P.C. Chino está casi destruido. Aún así, con la instalación en Shanbei (1936) la revolución rural está a un paso del triunfo. Sólo falta la catalización de la invasión japonesa que unificará la revolución social y la resistencia nacional como elementos claves del triunfo.

“Al llevar a cabo una revolución en lo opuesto, en lo más lejano del mundo modernizado chino, la estrategia maoísta da una muestra más de su originalidad, gestando desde el marxismo una revolución en las antípodas del mundo industrializado”.²⁶

b. Resistencia nacional y revolución social (1937-1949)

La segunda guerra chino-japonesa (37-45) iniciada en julio de 1937 con la invasión japonesa, crea tres Chinas: la nacionalista de Chiang con capital en Chongging, la comunista de Mao con sede en Yen'an y la japonesa liderada por el colaboracionista Wang Jingwei, que restituye al emperador Pu Yi, con capital en Nanquín.

Las tropas japonesas en poco tiempo ocupan, desplazando a Chiang, la totalidad de China “útil”, estabilizándose el frente hasta 1944, cuando nuevas ofensivas japonesas

extienden la ocupación al centro y sur del país.

En la medida en que las tropas nacionalistas sólo desarrollan una guerra muy defensiva, la verdadera guerra de resistencia se desenvuelve detrás de las líneas japonesas con la acción de las guerrillas comunistas.

Dejando de lado los sectarismos producidos por los resultados del fracaso del Primer Frente Unido, el P.C. Chino, conforme a las decisiones del VI Congreso de la Internacional (julio-agosto de 1935) y aprovechando el descontento popular frente a la guerra civil en momentos de la ocupación, plantea el fin de la guerra civil y la unión nacional contra Japón.

Si bien Chiang retrasa el acercamiento con la esperanza de acabar con el P.C. Chino, es obligado por sus generales a llegar a un acuerdo con los comunistas.

En los hechos el P.C. Chino tiene mucho cuidado de no repetir las consecuencias del Primer Frente. Bajo condiciones puramente formales, el Ejército Rojo conserva toda su autonomía territorial, operativa y militar. De hecho, el Frente se deteriora rápidamente produciéndose incidentes entre ambos ejércitos, sin embargo el Segundo Frente logra sobrevivir al menos formalmente hasta el fin de la ocupación japonesa, ya que significa una gran propaganda para ambos mandos.

La guerra con sus desastrosas consecuencias, trae algunas ventajas para los dos sectores. Para Chiang significa obtener de las potencias europeas la abolición del sistema de tratados (1943) y la admisión de China en el Club de los Grandes (Conferencia de El Cairo, diciembre del '43) y el aprovisionamiento militar permanente de los Estados Unidos.

Para los comunistas, el efecto es que cambia la escala del movimiento. En 1945 su influencia se hace sentir sobre cerca de 100 millones de campesinos y su ejército sobrepasa el millón de hombres. Por otra parte, siguiendo el camino natural, el movimiento se asienta en los espacios rurales vacíos de la ocupación japonesa ya que ésta, por razones estratégicas y logística, se limita solamente a las ciudades y a los principales ejes de comunicación del territorio.

Motivada por la presencia y la resistencia comunista, la represión, confiada a colaboracionistas y milicias pro-japonesas, es sangrienta. A partir del '41/'42, la política de los Tres Todo (quemar, saquear y matar), rompe la indiferencia del campesinado tradicional. Por primera vez en décadas, la invasión genera una movilización campesina asentada en un fuerte nacionalismo organizado de masas por el P.C. Chino.

La acción de éste no se limita a lo puramente militar, sino que se traslada a otros aspectos aún más importantes en el marco geográfico de las bases rurales: la revolución social (reforma agraria, aunque suavizada por la política del Frente Unido), el reformismo sociológico (derecho de las mujeres, reforma del matrimonio, ley de divorcio) y reforma cultural (campañas de alfabetización y de adoctrinamiento), son algunos de los ejemplos más importantes de la tarea de los cuadros.²⁷

El objetivo que se busca es la liberalización del campesinado, entendida en un sentido integral, la creación de un hombre nuevo a través de la reorganización y modernización de las bases rurales. La experiencia política acaba por movilizar a todo el

campesinado y al resto de los sectores rurales. Se instala la estrategia o línea de masas que fomentan la organización y participación popular en búsqueda permanente del consenso.²⁸

La revolución china por necesidades históricas se asienta en lo regional y luego se orienta a la conquista del país al fin de la ocupación japonesa.

La tercera guerra civil revolucionaria, según la cronología comunista (la primera la constituye la rebelión del '27 y la segunda la de los soviets de Jiangxi) se desata a mediados de 1946, aunque este desenlace no tiene el resultado deseado por las potencias vencedoras de la 2ª Guerra Mundial.

Desde antes de la capitulación japonesa, los Estados Unidos comienzan a intervenir en China retardando el enfrentamiento entre el P.C. Chino y el Kuomintang. Dos misiones son enviadas por los EE.UU. a fin de convencer a las partes de formar un gobierno de coalición, tal vez en el convencimiento de la imposibilidad del triunfo de Chiang.

La Unión Soviética, por su parte, acepta en Yalta esta solución a cambio de concesiones en Manchuria.

Con la rendición japonesa y ante el fracaso de las negociaciones, el Kuomintang, con el apoyo logístico norteamericano, se apura a reconquistar las ciudades mientras que la ayuda soviética en Manchuria resulta limitada geográfica y cuantitativamente y, por lo tanto, menos útil al P.C. Chino. El inicio de la guerra fría añade un beneficio adicional al gobierno de Chiang instalado en Nanquín.

Aparentemente convertido una vez más en el árbitro de la situación, Chiang se siente lo suficientemente fuerte como para aniquilar al P.C. Chino y se lanza a la ofensiva.

Si bien las fuerzas nacionalistas obtienen algunos éxitos iniciales, a principio del '47 la situación se estabiliza y ya para mediados del '47 la ofensiva comunista es irresistible y sus victorias aplastantes.

Tal vez el error principal de Chiang haya sido intentar gobernar como si no hubiese sucedido nada o como si no hubiese aprendido nada. La repetición de políticas antipopulares: corrupción, inflación, ausencia de reformas, autoritarismo y represión, llevadas adelante por el equipo gobernante, destruyeron políticamente las posibilidades de éxito militar.

Sin nada para brindar, el gobierno rápidamente se aísla de sus posibles aliados y al perder la base social en las ciudades (intelectuales y demócratas liberales reformistas) abre un segundo frente en el medio urbano y convierte a la ofensiva comunista en una tarea fácil. En un corto período ('46-'49) el régimen se derrota a sí mismo a la vez que es derrotado por el enemigo.

El P.C. Chino, por su parte, plantea una inteligente estrategia de incorporación del medio urbano a la revolución. Sus propuestas de gobierno de coalición, antifeudal, antidictatorial y anti-imperialista, otorgan perfiles pluralistas a la "Nueva Democracia" anunciada por Mao ayudando a construir un consenso reformista.²⁹

El P.C. Chino logra ser considerado como una fuerza de salvación nacional de neto corte reformista.

El fracaso de la experiencia republicana (1911-1949), constituye el fracaso del proyecto liberal de modelar y modernizar a China. Sus compromisos con el antiguo orden, su sectarismo social y geográfico y su incapacidad de reunificar, modernizar y liberar a China de la explotación extranjera, fueron las causas de su derrota. En realidad, el proyecto liberal, ya sea por incapacidad propia o por causas externas, poco pudo aportar a la solución de las tres grandes y graves crisis chinas: la social, la estatal y la nacional.

La consecuencia inmediata es su relevo por otro proyecto político: el comunista. El éxito en la toma del poder por parte del P.C. Chino a contrapelo de la ideología marxista ortodoxa, de los intereses de las potencias vencedoras de la 2ª Guerra Mundial y de la mayoría de la China urbana nos hablan, no sólo de la preeminencia del contexto socio-político interno, sino también de la fuerza de la necesidad del cambio que aseguran el triunfo revolucionario.

CITAS Y NOTAS

¹ DALLANEGRA PEDRAZA, Luis, La problemática del orden, en Varios Autores, Geopolítica y Relaciones Internacionales, Ediciones Pleamar, Bs. As., 1981, pág. 8.

² MIRANDA, Roberto, El análisis de la política exterior argentina desde la perspectiva de las relaciones internacionales, en “Cuadernos de Política Exterior Argentina”, PROMOPEA, Rosario, 1988, pág. 21.

³ Ibidem, pág. 24.

⁴ Ibidem, pág. 22.

⁵ Para un mayor desarrollo del tema puede consultarse el trabajo de Roberto Miranda, op. cit.

⁶ LEVENSON, James, Confucian China and its modern fate, Berkeley, 1972, pág. 92.

⁷ ELVIN, Michel, The pattern of the Chinese past, Londres, 1973, pág. 40.

⁸ HISAO KUNG-CHUAX, Imperial China: rural control in the nineteenth century, Londres, 1967, pág. 123.

⁹ BASTID, Marcel, La evolución de la sociedad china al fin de la dinastía Qing 1873-1911, Madrid, 1979, pág. 91.

¹⁰ Ibidem, pág. 187.

¹¹ LEVENSON, James, op. cit., pág. 114.

¹² FAIRBANK, John, Los Estados Unidos y China, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pág. 42.

¹³ RIZZO ROMANO, Alfredo, La disputa fronteriza chino-soviética, enfoque histórico-jurídico de una tensión hegemónica, Editorial del Círculo Militar, Bs. As., 1972, pág. 69.

¹⁴ FAIRBANK, John, op. cit., pág. 130.

¹⁵ Para un análisis más pormenorizado del sistema de tratados desiguales ver CHEVRIER, Ives, La China moderna, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, Cap. I, pág. 15.

¹⁶ GUILLERMAZ, Jaques, Historia del Partido Comunista Chino, Vol. I, Barcelona, 1975, pág. 135.

¹⁷ WILBUR, Charles, Sun Yat-Sen: un patriota frustrado, Editorial Columbia, Barcelona, 1976, pág. 140.

¹⁸ BASTID, Marcel, op. cit., pág. 173.

¹⁹ GUILLERMAZ, Jaquez, op. cit., pág. 198.

²⁰ Ibidem, pág. 190.

²¹ CHEVRIER, Ives, op.cit., pág. 95.

²² BIANCO, Lucien, Los orígenes de la revolución china: 1915-1949, Editorial Tiempo Nuevo, Caracas, 1970, pág. 87.

²³ CHESNEAUX, Juan, Los movimientos sociales chinos, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1972, pág. 104.

²⁴ BIANCO, Lucien, op. cit., pág. 147.

²⁵ HUERTAS RAMÍREZ, Pedro Gustavo, Participación política y revolución china, Editorial de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Bogotá, 1977, pág. 310.

²⁶ GUILLERMAZ, Jaques, op. Cit., pág. 193.

²⁷ Ibidem, pág. 279.

²⁸ Ibidem, pág. 321.

²⁹ MAO TSE-TUNG, Sobre la Nueva Democracia, en Obras Escogidas, Tomo II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1968, pág. 358.